

ROMANCES TRADICIONALES

DE

ANDALUCÍA Y EXTREMADURA

1.

Romance de Gerineldo. — I

«Gerineldos, Gerineldos,—mi camarero pulido,
¿quién te tuviera esta noche—tres horas á mi servicio!»
—«Como soy vuestro criado,—Señora, burlais conmigo».
—«No me burlo, Gerineldos,—que de veras te lo digo».
—«¿A cual hora, bella Infanta—complireis lo prometido?»
—«Entre la una y las dos, cuando el rey esté dormido».
Levantóse Gerineldos,—abre en secreto el rastrillo,
calza sandalias de seda—para andar sin ser sentido.
Tres vueltas le da al palacio—y otras tantas al castillo.
—«Abraisme, dijo, señora,—abraisme, cuerpo garrido».
—«¿Quién sois vos el caballero—que llamais así al postigo?»
—«Gerineldos soy, señora,—vuestro tan querido amigo».
Tomáralo por la mano,—á su lecho lo ha subido,
y besando y abrazando—Gerineldos se ha dormido.
Recordado había el rey—del sueño despavorido,
tres veces lo había llamado—ninguna lo ha respondido.
«Gerineldos, Gerineldos,—mi camarero pulido,
¿si me andas en traición—trátasme como á enemigo?»

Ó con la Infanta dormías—ó el alcázar me has vendido». Tomó la espada en la mano,—con gran saña va encendido, fuérase para la cama—donde á Gerineldos vido. Él quisiéralo matar,—más criole desde niño. Sacara luego la espada,—entre entrambos la ha metido, para que al volver del sueño—catasen que el yerro ha visto: recordado hubo la Infanta—vió la espada y dió un suspiro. «Recordar heis, Gerineldos,—que ya érades sentido; que la espada de mi padre—de nuestro yerro es testigo». Gerineldos va á su estancia—le sale el rey de improviso. «¿Dónde vienes, Gerineldos,—tan mustio descolorido?» —«Del jardín vengo, señor, de coger flores y lirios, y la rosa más fragante—mis colores ha comido. [mido, —«Mientes, mientes, Gerineldos,—que con la Infanta has doctestigo de ello mi espada,—en su filo está el castigo» (1).

2.

Gerineldo. — II

(Variante de Osuna.)

—Gerineldo, Gerineldo,—paje del rey más querido, ¡quién te cogiera una noche—tres horas á mi albedrío! —Como soy vuestro criado,—señora, burlais conmigo. —No me burlo, Gerineldo,—que de veras te lo digo. —¿A qué hora, gran señora,—se cumple lo prometido? —Entre las doce y la una,—cuando el rey esté dormido, con alpargates de seda (2);—porque no seas sentido, das tres vueltas á palacio—y otras tres das al castillo. —¡Traición, traición en palacio!—¿Quién ha sido el atrevido

(1) Variante del núm. 161 a de la *Primavera*, pero muy abreviado. Publicó esta lección D. Serafín Estébanez en sus *Escenas andaluzas*, 214-215.

(2) En otra lección: «Calza zapato de seda».

que se arrima á mi aposento—sin pedir permiso mío? —No se asuste usted, señora,—que es Gerineldo pulido, que entre las doce y la una—viene á lo prometido. Entablaron una lucha—los dos á brazo partido, á eso de la media noche—el sueño los ha rendido. A eso de la madrugada,—procura el rey sus vestidos. —¡Gerineldo, Gerineldo,—paje del rey más querido! Unos dicen: no está en casa.—Otros dicen: ha salido. Tiró el rey de la espada,—al cuarto 'e la infanta ha ido; los ha cogido durmiendo—como mujer y marido. Tiró el rey de la su espada;—entre los dos l' a metido; al resfriar de la espada—despierta despavorido. —Gerineldo, Gerineldo,—paje del rey más querido, que la espada del mi padre—entre los dos ha dormido. —¿Dónde me iré, gran señora,—que no sea conocido? —Retirate á ese jardín—cogerás flores y lirios. —Gerineldo, Gerineldo,—paje del rey más querido, ¿dónde vienes Gerineldo,—tan triste y descolorido? No te mato, Gerineldo,—que te crié desde niño, y si mato á la Princesa,—queda er palacio perdido (1).

3.

Gerineldo. — III

(Variante de Guadalcanal.)

—Gerineldo Gerineldo,—mi camarero pulido, ¡quién estuviera 'sta noche—tres horas en tu arbedrío! —Como soy buestro criado,—burlarse queréis conmigo. —No es mentira, Gerineldo,—que de veras te lo digo. Han dado las doce y media:—Gerineldo en er castiyo, con arpagatas de seda,—para no ser sentidiyo.

(1) De la colección manuscrita de D. Francisco Rodríguez Marín.

Cada escalón que subía—le costaba un suspirio.
 Ar subir el último escalón—la Princesa lo ha sentido.
 —¡Oh! ¿quién será 'ste aleboso?—¡Oh! ¿quién será 'ste atre-
 —Señora, soy Gerinero,—que bengo á lo prometido. [bido?
 Lo ha agarrado por la mano,—en su cama lo ha metido:
 entre juegos y deleites—los dos se quedan dormidos.
 Ha despertado el rey—dos horas del sol salido:
 ha subido la escalera,—los ha encontrado dormidos.
 —No te mato, Gerinero,—que te crié dende niño,
 y si mato á la Princesa—dejo ar palacio perdido:
 pondré mi espada por medio—pa que sirva de testigo.—
 Despierta la Princesa,—tres horas del sol salido:
 —Lebántate, Gerinero,—mira que somos perdidos,
 que la espada de mi padre—sirbiendo está de testigo.
 —¿Por dónde me iré yo ahora—para no ser sentidiyo?
 —Por los jardines del rey,—cogiendo rosas y lirios.
 El rey, como lo sabía,—al encuentro le ha salido:
 —¿D' aonde bienes, Gerinero,—tan triste y tan aburrido?
 —Bengo del jardín, güen rey,—de coger rosas y lirios;
 la fragancia d' una rosa—er color me lo ha comido.
 —Es mentira, Gerinero,—con la Princesa has dormido.
 —Dáme la muerte, güen rey,—que bien me la he meresido.
 —Del jardín vengo, señor,—de coger flores y lirios;
 la fragancia de una rosa—el color me habrá comido.
 —No lo niegues, Gerinero,—que con la infanta has dormido.
 —Máteme usted, gran señor,—que delito he cometido.
 —No te mato, Gerinero,—que te crié dende niño,
 y si mato á la Prinsesa—queda mi reino perdido.
 Yo vos pondré en una casa—como mujer y marido (1).

(1) Publicado por D. J. A. Torre (*Microfilo*) en su curioso opúsculo *Un capítulo de Folk-Lore Guadalcanalense* (Sevilla, 1891), pág. 93.

El Conde del Sol. — I

(Variante de Osuna.)

Se publicaron las guerras—que de Francia á Portugal
 nombra al conde Gerineldo,—su capitán general.
 La reina como es tan niña,—no hace más que llorar.
 —¿Cuántos días, cuántos meses—hombre ha de echar por
 —Si á los siete no viniere,—niña, te puedes casar. [allá?
 Ya los siete van pasados—camino de ocho va:
 le pidió licencia al padre,—para salirlo á buscar.
 El padre como es tan niña,—no se l' a querido dar;
 se vistió de pelegrino—y le ha salido á buscar.
 En una montaña oscura,—se ha encontrado una vacá.
 —Vaquerito, vaquerito,—por la santa Trinidad,
 que me niegues la mentira—y me digas la verdad.
 ¿De quién son tantos ganados—con tanto hierro y señal?
 —Son del conde Gerineldo—que ya está para casar.
 —Toma este doblón de oro,—vaquerito, y ponme allá.
 La ha agarrado de la mano—y la puso en el portal.
 Fué pidiendo una limosna—por la Santa Trinidad.
 Salió el conde Gerineldo—y se la ha salido á dar.
 —¿Eres Roberto, señora,—que me ha salido á buscar?
 —No soy Roberto, señor,—que soy tu esposa estimá.
 Toma este puñal dorado—y dame de puñalás.
 —¿Cómo quieres que te mate,—si eres mi esposa estimá? (1).

(1) De la colección manuscrita de D. Francisco Rodríguez Marín.

5.

El Conde del Sol. — II

Grandes guerras se publican—entre España y Portugal;
y al Conde del Sol le nombran—por capitán general.
La Condesa, como es niña,—todo se la va en llorar.
—«Dime, Conde, cuantos años,—tienes de echar por allá».
—«Si á los seis años no vuelvo,—os podréis, niña, casar».
Pasan los seis y los ocho,—y los diez se pasarán,
y llorando la Condesa—pasa así su soledad.
Estando en su estancia un día,—la fué el padre á visitar.
—«¿Qué tienes, hija del alma,—que no cesas de llorar?»
—«Padre, padre de mi vida,—por la del Santo Grial (1),
que me deis vuestra licencia—para el Conde ir á buscar».
—«Mi licencia teneis, hija,—cumplid vuestra voluntad».
Y la Condesa á otro día,—triste fué á peregrinar.
Anduvo Francia y la Italia—tierras, tierras sin cesar.
Ya en todo desesperada—tornábase para acá,
cuando gran vacada un día—halló en un ancho pinar.
—«Vaquerito, vaquerito,—por la Santa Trinidad,
que me niegues la mentira,—y me digas la verdad:
¿de quién es este ganado—con tanto hierro y señal?»
—«Es del Conde el Sol, señora,—que hoy está para casar».
—«Buen vaquero, buen vaquero,—¡así tu hato veas medrar!
que tomes mis ricas sedas—y me vistas tu sayal,
y tomándome la mano—á su puerta me pondrás,
á pedirle una limosna,—por Dios, si la quiere dar».
Al llegar á los umbrales,—veis al Conde que allí está,
cercado de caballeros,—que á la boda asistirán.
—«Dadme, Conde, una limosna.»—«El Conde pasmado se ha
—«¿De qué país sois, señora?»—«Soy de España natural».

(1) Este rasgo erudito, y que en ninguna otra versión se halla, fué seguramente añadido por *El Solitario*.

—«¿Sois aparición, romera,—que venisme á conturbar?
—«No soy aparición, Conde,—que soy tu esposa leal».
Cabalga, cabalga el Conde,—la Condesa en grupas vá,
y á su castillo volvieron,—sanos, salvos y en solaz.

(Publicado por D. Serafín Estébanez Calderón en sus *Escenas andaluzas*, 1847, pp. 209-211. Es variante muy abreviada del núm. 135 de la *Primavera*.)

6.

Delgadina. — I

Tenía una vez un rey—tres hijas como una plata;
la más chica de las tres—Delgadina se llamaba.
Un día estando comiendo,—dijo al Rey que la miraba:
—«Delgadina estoy, padre mío—porque estoy enamorada.
—Venid, corred, mis criados,—á Delgadina encerrada:
si os pidiese de comer,—dadle la carne salada;
y si os pide de beber,—dadle la hiel de retama.—
Y la encerraron al punto—en una torre muy alta.
Delgadina se asomó—por una estrecha ventana,
y á sus hermanas ha visto—cosiendo ricas tohallas.
—¡Herманas! ¡si sois las mías...—dadme un vasito de agua,
que tengo el corazón seco,—y á Dios entrego mi alma!
—Yo te la diera, mi vida,—yo te la diera, mi alma;
mas si padre Rey lo sabe—nos ha de matar á entrambas.
Delgadina se quitó—muy triste y desconsolada.
A la mañana siguiente—asomóse á la ventana,
por la que vió á sus hermanos—jugando un juego de cañas.
—¡Herманas! ¡si sois los míos...—por Dios, por Dios, dadme
que el corazón tengo seco—y á Dios entrego mi alma! [agua,
—Quítate de ahí, Delgadina, que eres una descastada:
si mi padre el Rey te viera,—la cabeza te cortara.
Delgadina se quitó—muy triste y desconsolada.

A otro día apenas pudo —llegar hasta la ventana,
 por la que ha visto á su madre — bebiendo en vaso de plata.
 — ¡Madre! ¡si es que sois mi madre, — dadme un poquito de
 que el corazón tengo seco — y á Dios entrego mi alma. [agual
 — Pronto, pronto, mis criados, — á Delgadina dad agua,
 unos en jarros de oro, — otros en jarros de plata. —
 Por muy pronto que acudieron, — ya la hallaron muy postrada.
 A la cabecera tiene — una fuente de agua clara;
 Los ángeles la rodean — encomendándole el alma,
 la Magdalena á los pies — cosiéndole la mortaja,
 el dedal era de oro, — y la aguja era de plata.
 Las campanas de la gloria — ya por ella repicaban:
 los cencerros del infierno — por el mal padre doblaban.

(Variante andaluza publicada por Fernán
 Caballero en su diálogo *Cosa cum-
 plida... sólo en la otra vida*. Madrid,
 1857, págs. 16-18. Wolf, *Beiträge zur
 spanischen Volkspoesie aus den Wer-
 ken Fernán Caballero's*, Viena, 1859,
 9-11.)

7.

Algarina (Delgadina). — II

Tres hijas tiene el Rey Moro — más bonitas que la plata,
 y la más rechiquitita, — Algarina se llamaba.
 Un día estando en la mesa, — su padre la recreaba:
 — Algarina, anda á comer. — Padre, si no tengo gana.
 — Acudid todos los mozos, — para que sea encerrada
 en el cuarto más oscuro, — que hubiera en toda la casa:
 y si pide de comer, — dadle carne muy salada;
 y si pide de beber, — dadle sumo de retama.
*Se entró Algarina llorando, — llorando que reventaba,
 con lágrimas de sus ojos — toda la sala regaba;
 con las trenzas de su pelo, — toda la sala esteraba.*
 Al otro día siguiente, — se ha asomado á una ventana;

vió á su hermano en el jardín, — jugando á broches de plata.
 — Hermano, si eres mi hermano, — dadme una poca de agua,
 que el corazón me lo pide — y á Dios le entrego mi alma. —
 — Yo te la diera, Algarina, — yo te la diera, mi alma,
 pero si padre se entera — á tí y á mí nos mataba.
*Se entró Algarina llorando, — llorando que reventaba,
 con lágrimas de sus ojos — toda la sala regaba;
 con las trenzas de su pelo, — toda la sala esteraba.*
 Al otro día siguiente, — se ha asomado á la ventana;
 ve á su hermana en el jardín, — y de este modo le habla:
 — Hermana, si eres mi hermana, — dame una poca de agua,
 que el corazón me lo pide, — y á Dios le entrego mi alma. —
 — Yo te la diera, Algarina, — yo te la diera, mi alma,
 pero si padre se entera — á tí y á mí nos matara.
*Se entró Algarina llorando, — llorando que reventaba,
 con lágrimas de sus ojos — toda la sala regaba;
 con las trenzas de su pelo, — toda la sala esteraba.*
 Al otro día siguiente, — se ha asomado á la ventana;
 ve á su padre en el jardín, — sentado en sillón de plata.
 — Padre, si usted es mi padre, — déme una poca de agua,
 que el corazón me lo pide, — y á Dios le entrego mi alma. —
 — Entrate, só recochina, — entrate, só avergonzada,
 que no quisistes hacer — lo que tu padre mandaba. —
*Se entró Algarina llorando, — llorando que reventaba,
 con lágrimas de sus ojos, — toda la sala regaba;
 con las trenzas de su pelo, — toda la sala esteraba.*
 Al otro día siguiente, — se ha asomado á la ventana;
 ve á su madre en el jardín, — sentada en sillón de plata.
 — Madre, si usted es mi madre, — déme una poca de agua,
 que el corazón me lo pide, — y á Dios le entrego mi alma. —
 — Acudid todos los mozos, — á darle á Algarina agua,
 y el que llegase primero, — con Algarina se casa. —
 — Unos con jarros de oro, — otros con jarros de plata,
 por muy pronto que acudieron, — Algarina muerta estaba.
 A los pies la Magdalena — cortándole la mortaja,
 y á la cabecera tiene — una pila de agua clara.

Los cencerros del infierno,—para su padre tocaban :
las campanas de la gloria.—por Algarina doblaban (1).

8.

Delgadina. — III

(Versión de Guadalcanal.)

Este era un hombre muy rico—que tenía tres hijas,
y la más chica de todas—se yamaba Dergadina.
Un día estando 'n la mesa—su padre la requebraba :
—Padre, ¿qué tengo yo,—que mira tanto mi cara?
—Que si fueras mi mujer—fueras la reina de España.
—No lo permitan los cielos—ni la hostia consagrada.
—Subir todos mis criados—y enserrarla 'n una sala;
y si pide de beber—darle sumo de retama,
y si pide de comer,—carne de perro salada;
y si pide de corchón—los ladrillos de la sala.—
Ar cabo d' unos tres días,—y también d' una semana,
Dergadina s' ha asomado—por una bentana arta,
y bido á sus agüelitas—peinándose ricas canas :
—Agüelas, si seis agüelas,—por Diog, una poca d' agua,
que 'r corasón se me seca—y la vida se m' acaba.
—Quitate, perra judía,—quitate, perra marbada,
que si padre rey nos biera—la cabeza nos cortaba.
Dergadina s' ha metido—muy triste y desconsolada;
con lágrimas de sus ojos—toda la sala regaba;
con la sangre de sus benas—las paderes charpicaba.
Ar cabo de unos tres días,—y también d' una semana,
Dergadina s' ha asomado—po' una bentana mág arta,
y bido á sug hermanitas—bordando ricas tohayas :
—Hermanas, si seis las mías,—por Diog, una poca d' agua,
que er corasón se me seca—y la vida se m' acaba.

(1) De la colección manuscrita de Rodríguez Marín.

—Quitate, perra judía,—quitate, perra marbada,
que si padre rey nos biera—la cabeza nos cortaba.—
Dergadina s' ha metido—muy triste y desconsolada;
con lágrimas de sus ojos—toda la sala regaba;
con la sangre de sus benas—las paredes charpicaba.
Ar cabo d' unos tres días,—y también d' una semana,
Dergadina s' asomado—po' otra bentana mág arta,
y bido á su padre rey,—sentado en siyón de plata :
—Padre rey, si usted es mi padre,—por Dios, una poca d' agua
que 'r corasón se me seca—y la vida se m' acaba.
—Yo te la daré, si jases—lo que padre rey te manda.
Dergadina s' ha metido—muy triste y desconsolada;
con lágrimas de sus ojos—toda la sala regaba;
con la sangre de sus benas—las paderes charpicaba.
Ar cabo d' unos tres días,—y también d' una semana,
Dergadina s' ha asomado—po' tra bentana mág arta,
y bido á su madre reina—en siyón d' oro sentada :
—Madre reina, si es mi madre,—por Diog, una poca d' agua,
que mág de sé que de jhambre—á Dios le entriego mi arma.
—Subir todos mis criados,—y echarle á mi hija agua,
unos con basos d' oro—y otros con basos de plata.
Ar subir por la 'scalera—Dergadina que espiraba,
y á la cabesera tiene—una fuente que le mana,
con un lebrero que dice:—«Murió por farta de agua».
Las campanas de la gloria—por Dergadina doblaban;
las campanas del infierno—por su padre repicaban (1).

(1) *Un capítulo del Folk-Lore Guadalcanalense por Micrófilo* (J. A. de la Torre y Salvador). Sevilla, 1891, págs. 78-82. Dice que «ha escogido entre varias la versión del texto por ser la más completa de cuantas copió de la tradición oral». Añade que en algunas de ellas la heroína se llama *Doña Elvira*, y que en el final intervienen, ya San José y Santa Ana, ya la Magdalena :

San José tiene la vela,
Santa Ana la amortajaba ...
La Magdalena á los pies
haciéndole la mortaja,
con agujitas de oro
y dedalito de plata.

9.

Delgadina (Bergardina). — IV

Un padre tenía tres hijas,—más bonitas que la plata,
y la más rechiquitita,—Bergardina se llamaba.
Bergardina se pasea—por una sala cuadrada,
con gargantilla de oro—y el pelo que le arrastraba.
Estando un día comiendo, su padre la retrataba,
y le dijo —Bergardina,—tú has de ser mi enamorada.
—No lo permita Dios, padre,—ni la Virgen consagrada.
—Vengan pronto los criados—y á Bergardina encerrarla
en un cuarto muy profundo—que en este palacio haiga.—
Ella se metió *pá* dentro—con las lágrimas saltadas,
con lágrimas de sus ojos—todo el cuarto lo regaba.
—Y si pide de comer—darle carne muy salada,
y si pide de beber—darle zumo de retama.—
Al otro día siguiente—por un balcón se asomaba,
y vió á sus dos hermanitos—jugando al juego de damas.
—Hermano, por ser mi hermano,—dame una poca de agua,
que tengo más sed que hambre—y á Dios le entrego mi alma.
—Calla, puerca, deshonesto,—cochina, desvergonzada,
que no quisistes hacer—lo que el Rey padre mandaba.
Al otro día siguiente—por un balcón se asomaba,
y vió á su madre venir—peinándose puras canas.
—Madre, por ser vos mi madre,—dadme una poca de agua,
que tengo más sed que hambre—y á Dios le entrego mi alma.
—Hija de mi corazón,—te la diera de buena gana;
pero si padre se entera,—el pescuezo me cortara.
Al otro día siguiente—se asomó por otra ventana,
y vió á su padre sentado—en sillón de rica plata.
—Padre, por ser vos mi padre,—dadme una poca de agua,
que tengo más sed que hambre,—y á Dios le entrego mi alma.
—Vengan pronto los criados—y á Bergardina con agua,
unos con jarros de oro—y otros con jarros de plata;

el que venga más primero,—con Bergardina se casa.—
A la vuelta los criados—á Bergardina encontraron
con ángeles á la cabecera.....
y á los pies la Magdalena—que tristemente lloraba.
Repiquen las campanas de la gloria—por Bergardina que ha
y para su padre,—las campanas del infierno (1). [muerto.

10.

Delgadina (Angelina). — V

Rey moro tenía tres hijas—bonitas como la plata,
la más bonita de todas—Angelina se llamaba.
Un día estando en la mesa—su padre que la miraba.
—¿Qué me miras, padre mío,—qué me miras á la cara?
—Yo te miro, hija mía,—que has de ser mi soberana.—
—No lo permita mi Dios—ni mi Virgen soberana,
que sea madre de mi madre—y madre de mis hermanas.
Mandó el padre la encerrasen—en una sala cuadrada.
Si pidiera de comer,—carne de perro salada.
Para dormir le pusieron—un montoncito de paja.
A los tres días se ha asomado—Angelina á una ventana,
y vió á su querido hermano—que á la pelota jugaba.
—Hermano, si eres mi hermano,—dame una poca de agua,
que el corazón tengo seco—y á Dios entrego mi alma.—
—Métete para adentro—cochina desvergonzada,
que no quisistes hacer,—lo que tu padre mandaba.—
Se mete Angelina dentro,—llorando que reventaba.
A los tres días se ha asomado—Angelina á otra ventana,
y vió á su hermana querida—bebiendo en jarro de plata.
—Hermana, si eres mi hermana,—dame una poca de agua,
que el corazón tengo seco—y á Dios quiero dar el alma.

(1) Versión de Bormujos (provincia de Sevilla), publicada por Machado y Alvarez, en el *Folk-Lore andaluz* (p. 320).

—Métete para adentro—cochina, desvergonzada,
 que no quisistes hacer—lo que padre te mandaba.—
 Se mete Angelina dentro—llorando que reventaba,
 con lágrimas de sus ojos—toda la sala regaba.
 A los tres días se ha asomado—Angelina á otra ventana,
 y vió á su querida madre—peinando sus ricas canas.
 —Madre, si eres mi madre,—dame una poca de agua,
 que el corazón tengo seco—y á Dios pienso dar mi alma.—
 —Yo te la quisiera dar,—pero si padre se entera
 las dos moriremos juntas.....
 Se mete Angelina dentro—llorando que reventaba.
 Con el pelo que tenía—toda la sala barría,
 con las lágrimas que echaba—toda la sala regaba.
 A los tres días se ha asomado—Angelina á otra ventana,
 y vió á su querido padre—que en su trono descansaba.
 —Padre, si eres mi padre,—dame una poca de agua,
 que el corazón tengo seco—y á Dios pienso dar el alma.—
 Ha mandado á sus ministros—con jarros de oro y de plata,
 y el que llegara primero—con Angelina se casa.
 Todos han llegado juntos,—Angelina muerta estaba,
 los ángeles le cantaban—con clarines y guitarras,
 y al cielo se la llevaban..... (1)

II.

Delgadina. — VI

(Versión de Zafra.)

Este era un rey con tres hijas—más hermosas que la plata,
 A la más rechiquetita—Delgadina la llamaban.
 Estando un día merendando—su padre el rey la miraba.

(1) Versión de Sevilla, publicada por A. Machado y Alvarez en *El Folk-Lore Andaluz* (pág. 324).

—¿Qué me mira usted mi padre,—qué me mira usted á la cara?
 —Que antes de salir el sol—has de ser mi enamorada:
 —No lo quiera Dios del cielo—ni la reina soberana,
 del padre que me engendró—sea yo la enamorada.—
 Mandó á los cuatro criados,—los que trajo de Granada,
 que la lleven á matar,—la encierren en una sala,
 y si pide de comer—le den sardinas saladas,
 y si pide de beber—le den zugo de retama.
 Ya se va la Delgadina,—ya se va la desgraciada;
 con lágrimas de sus ojos—toda la sala regaba.
 Al cabo de ocho días—s' ha asomado á una baranda,
 y ha visto á sus hermanitos—jugando un juego de cañas.
 —Mi hermano, por ser mi hermano,—que me des una sed de

[agua;

que no la pido por vicio,—que á Dios le entrego mi alma,
 que se me seca la boca—y el aliento se m' acaba.
 —Yo te la diera, alma mía,—yo te la diera, mi hermana;
 pero si padre lo sabe—la cabeza nos cortara.—
 Ya se va la Delgadina,—ya se va la desgraciada;
 con lágrimas de sus ojos—todas las salas regaba.
 Al cabo de ocho días—s' h' asomado á otra baranda,
 y ha visto sus hermanitas—haciendo medias caladas. [agua;
 —Mi hermana, por ser mi hermana,—que me des una sed de
 que no la pido por vicio,—que á Dios le entrego mi alma,
 que se me seca la boca—y el aliento se m' acaba.
 —Yo te la diera, alma mía,—yo te la diera, mi hermana;
 Pero si padre lo sabe—la cabeza nos cortara.
 Ya se va la Delgadina,—ya se va la desgraciada;
 con lágrimas de sus ojos—toda la sala regaba.
 Al cabo de ocho días—s' h' asomado á otra baranda,
 y ha visto su madrecita—alisándose las canas.
 —Mi madre, por ser mi madre,—que me des una sed de agua;
 que no la pido por vicio,—que á Dios le entrego mi alma,
 que se me seca la boca—y el aliento se m' acaba.
 —Yo te la diera, hija mía,—yo te la diera, mi alma;
 Mas si tu padre lo sabe—la cabeza me cortara.

Ya se va la Delgadina, —ya se va la desgraciada;
 con lágrimas de sus ojos —toda la sala regaba.
 Al cabo de ocho días —s' h' asomado á otra baranda
 y ha visto al rey, su padre, —sentado en sillón de plata.
 —Mi padre, por ser mi padre, —que me des una sed de agua;
 que no la pido por vicio, —que á Dios le entrego mi alma,
 Que se me seca la boca, —y el aliento se m' acaba.
 —Yo te la diera, hija mía, —yo te la diera, mi alma,
 pero h' hecho juramento —sobre la cruz de mi espada,
 de no darte de beber —á no ser mi enamorada.

.....
 Ya murió la Delgadina —ya murió la desgraciada.

 Las Campanas de la Gloria —por Delgadina doblaban;
 Las Campanas del Infierno —por su padre repicaban (1).

12.

Las tres Cautivas.

A la verde, verde, —á la verde oliva,
 donde cautivaron —á mis tres cautivas.
 El pícaro moro —que las cautivó,
 á la reina mora —se las entregó.
 ¿Qué nombre tienen —estas tres cautivas?
 —La mayor Constanza, —la menor Lucía,
 á la más pequeña, —*yaman* Rosalía.
 —¿Qué oficios daremos —á estas tres cautivas? —
 Constanza amasaba, —Lucía cernía,
 y la más pequeña —agua les traía.
 Diendo un día por agua —á la Fuente Fría,
 se encontró un anciano —que d' ella bebía.

(1) Publicó esta notable versión D. Sergio Hernández en *El Folk-Lore Bético-Extremeño* (Fregenal, 1883), pp. 125-127.

—¿Qué hace usted ahí, buen viejo —en la Fuente Fría?
 —Estoy aguardando —á mis tres cautivas.
 —Pues usted es mi padre —y yo soy su hija;
 voy á darle parte —á mis hermanitas.
 —Ya sabes, Constanza, —ya sabrás, Lucía,
 como he visto á padre —en la Fuente Fría.
 Constanza *yoraba*, —Lucía mía,
 y la más pequeña —así les decía:
 —No *yores*, Constanza, —no gimas, Lucía;
 que en viniendo el moro —larga nos daría.
 La pícara mora —que las escuchó,
 abrió una mazmorra —y *ayí* las metió.
 Cuando vino el moro —de *ayí* las sacó,
 y á su pobre padre —se las entregó (1).

13.

Don Pedro.

(Versión de Zafra.)

Ya viene D. Pedro —de la guerra herido;
 viene con el ansia —de ver á su hijo.
 —Cúreme usted, madre, —estas tres heridas,
 que me voy á ver —la recién parida.
 —¿Cómo estás, Teresa, —de tu feliz parto?
 —Yo buena, D. Pedro, —si tú vienes sano.
 —Acaba, Teresa, —con esas razones;
 que m' está aguardando —el rey en la corte.

(1) *Folk-Lore Bético-Extremeño*, 128-129. El colector D. Sergio Hernández pone esta nota antes de los dos últimos versos: «Hasta aquí llega la canción tal como la aprendimos en Zafra cuando pequeños; posteriormente la hemos oído cantar á una niña en El Montijo, y á lo ya referido, agregó, como conclusión, la última cuarteta». Por el metro y por el estilo, esta linda canción recuerda la de *Don Bueso*.

Al salir del cuarto—don Pedro que espira;
 se quedó la madre—triste y afligida.
 Tocan las campanas;—vienen por don Pedro,
 se quedó la madre—haciéndole el duelo.
 —Madre, la mi madre,—la mi siempre amiga,
 pero ¿esas campanas—por quién las repican?
 —Por tí, la mi alma,—por tí la mi vida;
 son juegos de cañas—porque estás parida.
 —Madre, la mi madre,—la mi siempre amiga,
 ¿qué saya me pongo—para ir á la misa?
 —La negra, mi alma,—la negra, mi vida;
yeva la de sarga—que te convenía.
 Al entrar en misa—la gente decía:
 —La viudita honrada,—la viudita linda;
 ¿qué saya me trae—pa venir á misa!
 Trae la de sarga—que le convenía.
 —Madre, la mi madre,—la mi siempre amiga,
 ¿pero esas palabras—por quién las dirían?
 —Por tí, la mi alma,—por tí, la mi vida,
 que don Pedro es muerto,—tú no lo sabías.
 Se metió en su sala,—corrió las cortinas.
 —Si don Pedro es muerto,—no es razón yo viva (1).

(1) Esta preciosa variante recogida en Zafra, ha sido publicada por don Sergio Hernández en *El Folk-Lore Bético-Extremeño*, pp. 129-130. En la misma revista (182-183) publicó D. Antonio Machado y Alvarez algunos fragmentos de otras versiones menos puras del mismo romancillo, procedentes de Badajoz, Montánchez (provincia de Cáceres) y Constantina (provincia de Sevilla).

Compárese con los romances asturianos que llevan los números 42 y 43.

La esposa infiel. — I

Estando un caballerito—en la isla de León,
 se enamoró de una dama—y ella le correspondió.
 Que con el aretín,—que con el aretón (1).
 —Señor, quédese una noche,—quédese una noche ó dos;
 que mi marido está fuera—por esos montes de Dios.
 Estándola enamorando,—el marido que llegó:
 —Abreme la puerta, cielo,—abreme la puerta, sol.
 Ha bajado la escalera,—quebradita de color;
 —¿Has tenido calentura?—¿ó has tenido nuevo amor?
 —Ni he tenido calentura,—ni he tenido nuevo amor;
 me se ha perdido la llave—de mi rico tocador.
 —Si las tuyas son de acero,—de oro las tengo yo.
 ¿De quién es aquel caballo—que en la cuadra relinchó?
 —Tuyo, tuyo, dueño mío,—que mi padre lo mandó,
 porque vayas á la boda—de mi hermana la mayor.
 —Viva tu padre mil años,—que caballos tengo yo.
 ¿De quién es aquel trabuco—que en aquel clavo colgó?
 —Tuyo, tuyo, dueño mío,—que mi padre lo mandó,
 para llevarte á la boda—de mi hermana la mayor.
 —Viva tu padre mil años,—que trabucos tengo yo.
 ¿Quién ha sido el atrevido—que en mi cama se acostó?
 —Es una hermanita mía,—que mi padre la mandó,
 para llevarme á la boda—de mi hermana la mayor.
 La ha agarrado de la mano,—al padre se la llevó:
 —Toma allá, padre, tu hija,—que me ha jugado traición.
 —Llévatela tú, mi yerno,—que la iglesia te la dió.
 La ha agarrado de la mano,—al campo se la llevó.
 Le tiró tres puñaladas,—y allí muerta la dejó.
 La dama murió á la una—y el caballero á las dos (2).

(1) Este estribillo se repite en todas las coplas del romance.

(2) Fernán Caballero publicó este romance en *La Gaviota* (Madrid, 1858).

15.

La esposa infiel. — II

(Versión de Guadalcanal.)

Mañanita, mañanita,—mañanita e San Simón,
estaba una señorita—sentadita 'n su balcón,
muy peinada y muy lavada,—los ojitos d' arrebol.
Ha pasad' un cabayero,—hijo del emperador,
con la guitarra en la mano—tocándol' el estrebol.

tomo 1.º, págs. 128-131. No dice dónde le recogió: probablemente en alguno de los pueblos de la Bahía de Cádiz.

Fernán Caballero intercaló en sus libros otras poesías populares, que por el metro no son enteramente romances, pero sí por su origen. Tal es la siguiente canción que trae en su novela *Pobre Dolores!* (1857, páginas 210-11), y que seguramente es una forma degenerada del *Romance de una gentil dama y un rústico pastor* (núm. 45 de la *Primavera*) y de la glosa de Alonso de Alcaudete:

Llámabale la doncella
y dijo el vil:
al ganado tengo de ir.

—Pastor, que estás en el campo—de amores tan retirado,
yo te vengo á proponer—si quisieras ser casado.
—Yo no quiero ser casado,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—adiós, que me quiero dir.
—Tú, que estás acostumbrado—á ponerte esos sajones,
Si te casaras conmigo—te pusieras pantalones.
—No quiero tus pantalones,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—adiós, que me quiero ir.
—Tú, que estás acostumbrado—á ponerte chamarreta,
si te casaras conmigo—te pondrías tu chaqueta.
—Yo no quiero tu chaqueta,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—adiós, que me quiero ir.
—Tú, que estás acostumbrado—á dormir entre granzones,
si te casaras conmigo—durmieras en mis colchones.
—Yo no quiero tus colchones,—responde el villano vil:
tengo el ganado en la sierra:—adiós, que me quiero ir.
—Te he de poner una fuente—con cuatro caños dorados,
para que vayas á ella—á dar agua á tu ganado.
—Yo no quiero tu gran fuente,—responde el villano vil:
ni mujer tan amorosa—yo no quiero para mí.

—¡Quien durmiera con ti, luna!—¡quién durmiera con ti, sol!
—Mi marido no 'stá en casa;—benga usté una noche ó dos;
mi marido no está en casa,—que está en montes de León:
y para que no biniere —le 'charé una mardisión.—
A eso de benir er día,—er marío que yamó:
—Ábreme la puerta, luna,—ábreme la puerta, sol,
que te traigo un pajarito—de los montes de León.—
Se ha levantado la niña,—mudadita de color:
—¿Has tenido calentura,—ó has tenido mal d' amor?
—Ni he tenido calentura—ni he tenido mal d' amor;
me s' ha perdido la yabe—de tu hermoso tocador.
—Si la yabe era de jhierro,—de plata te l' haré yo;
que 'r jherrero está 'n la fragua,—y er platero 'n er mesón.
Estando en estas razones—er cabayo relinchó:
—¿De quién es ese cabayo—que 'n la cuadra relinchó?
—Tuyo, tuyo, cabayero,—mi padre te lo compró.
—Biba tu padre mir años,—que 'n bida lo heredo yo.
—¿De quién es esa escopeta—que 'n er rincón beo yo?
—Tuya, tuya, cabayero,—que mi padre te la dió,
pa que caces los sirgueros—de los montes de León.
—¿De quién es ese capote—que 'stá ensima ese siyón?
—Tuyo, tuyo, cabayero,—mi padre te lo compró.
—¿De quién es aquer sombrero—que en la siya beo yo?
—Tuyo, tuyo, cabayero,—que mi padre te lo dió.
—¿Y las botas qu' hay debajo,—que desd' aquí beo yo?
Tuyas, tuyas, cabayero,—mi padre te las compró.
Y la agarra de la mano—y en la arcoba la metió.
—¿Quién es aquer cabayero—qu' en la cama veo yo?
Es er novio de mi hermana...—de mi hermana la mayor.
Y la coje de la mano—y á su padre la yebó:
—Tío, tenga 'sté su hija—y enséñela 'sté mejor.
—Que la enseñe su marío—que tiene la obligación.
Y la coje de la mano—y á los montes la yebó.
.....

La niña murió á la una—y er caballero á las dos (1).

(1) *Microfílo* (Torre), *Folk-Lore Guadalcanalense*, 75-78.